

**VIAJE A TALPA**  
**BITACORA 216**

**JUAN FRANCISCO AGUIAR GONZALEZ**

**Título:**

VIAJE A TALPA BITACORA 216

**Autor:**

Juan Francisco Aguiar González

**Primera edición, marzo 2018**

D.R. © 2018, Juan Francisco Aguiar González.

Todos los derechos de autoría son propiedad del escritor.

Para efectos del presente formato digital se autoriza la reproducción total o parcial de la obra, toda vez que se cite la fuente y su uso sea con fines no lucrativos.

Así lo dijo, sin pudores: *“Yo soy agua”*... luego se hundió entre las manos.

*“a los inconformes no nos parece que éste instante [la vida] sea poca cosa, no nos parece que ésta magra oportunidad sea escasa; es todo, y, aunque sea un todo miserable comparado con la eternidad, para nosotros representa una ganancia infinita porque no esperábamos nada.”*

Oscar de la Borbolla

## PRELUDIOS

¡Ha cometido la osadía!... porque creen que ella se abanica con el ojo del dios huichol, mientras desciende los peldaños como si de un cadalso se tratara.

Será juzgada por unos sinodales de farándula. Petimetres que se dan por bien pagados y servidos, no sabiendo decir otra cosa que el cliché de tales circunstancias: “es una decisión muy difícil” como si en ello pretendieren abarcar una verdad que nadie busca cuando suena a idolatría de *performance*, en bocas que poco o nada saben paladear la vital fragancia de los seres y quehaceres sin convertirse en parasitas amebas o vampiros del mitotem.

Se pasea por la pasarela, digna, gallarda y altiva; dueña de sí, al compás de unos sedosos bucles que le acarician la mejilla.

Es un certamen de “nuestra belleza”... pero ésta ocasión es algo más. Y lo es no porque se trate de ella y su simple hermosura y ya, (sería ofenderle tratándola así) sino porque todo va confluyendo lentamente, imperceptible a este momento; más allá de las luces, del estudio en la pose y la actuación de los ensayos... más allá del teatro y el escenario que no es lugar para cobardes ni arrebatados.

El diapasón de la guitarra, las cuerdas que vibrantes se afinan; el tenor, la soprano y la sinfónica; el *Madeus* del minué en un emplazado ritmo casi de baile; la estampa, el portentoso relieve, venusto, de las esculturas intocables que hablan con voz de cantera y de mármol, de plinto y de busto. Todo le abre un espacio vano para que ella caiga, sin recatos, como una semilla fértil. Bien pudiera ser, por un muy breve instante, la encarnación de la mujer libertaria: una Leona Vicario, una Juana de Arco.

Por fin se detiene.

Es momento de silencio.

El aliento conjugado con sus labios abraza las palabras en un sólido cuerpo pronunciado:

—*Mi nombre es Geraldine Ponce, soy proveniente de Xalisco Nayarit...*

Ha comenzado el insulto. En los chorlitos del jurado no cabe Jalisco en Nayarit, y la Mariquita de Goicoechea sonríe creyendo que se ha cometido otro celeberrimo error de concurso de belleza.

Poco y nada saben del Nayar o de la investidura del Na'ayeri debajo de la luna llena. Poco y nada saben del Tsikuri que ni es ojo, ni es de dios; sino el quinto punto cardinal, el centro de las coordenadas humanas. Mucho menos de la colindancia con Sinaloa y Jalisco, con Durango y Zacatecas que empujan la geodesia hacia las pacificas costas. Sólo por un programado "hoy" su saber estriba en el clima de las riveras y que las turísticas playas corren riesgos de "surimi". Ah, y la picosita salsa huichol que no falte en los cócteles de camarón.

Poco y nada de los esteros y lagos profundos que eran un secreto de tritones negros. El Hostotipak que envuelve el vuelo asiduo de las abejas obreras, no solo en el Nayar sino en todos los territorios.

Y ahí va. Yeraldien lleva, sí, cándida y delegada, las astas del venado azul en el cristalino de sus ojos. El rumor de litorales al dorso, cuando se hunde ya el atardecer. El canto del ave que ulula meciendo la luna en el viento. La flor que huele de noche reventando los aromas desde sus azahares.

Algo, algo me han recordado su porte y presencia natural. Su existencia algo de mí ha arrebatado de golpe. Una simétrica distancia... un volar de nuevo con el alma. Utopía. Poesía.

Me han recordado a Desiréh en el Atajo. Me ha recordado el camino hacia Talpa.

Justificar calificaciones por el vestuario solo demuestra una tácita miopía. A cualquier maltratada muñequita de *nenuca* se le puede arropar con sátiros linos y sedas, prestadas o compradas, dadas o merecidas.

Sin embargo —y he aquí la diferencia— la mujer puede vestir de misérrimos jirones y hacer de ellos una extensión salvaje, arisca, una dignidad de sí misma. Un aroma de fiera que aunque cautiva y ultrajada, siempre es indomable.

Así que la etapa transcurre entre banalidades del "buen gusto" para la displicente ebriedad de no se sabe quién, o quienes, que están sentados en palcos más elevados que la vulgar tarima del juradito a ras del escenario montado.

A las interrogantes lanzadas con rebaba diplomática y predecibles chascarrillos, responde ella contundente. Eso ha llamado mucho la atención por la seguridad que proyecta y que hace sentir; quedando, interlocutores y auditorio, conformes con un territorio más o menos delineado.

Sin embargo más allá del requisito de la seguridad oratoria, hay un tono en realidad intelectual. Un color que le pinta, lejos de cualquier horizonte, el destino de su propia vida.

Que ha salido crecida de entre acechos de jefes y sicarios carniceros, entre halagos de *juniors* aburguesados y apátridas consorcios. Parida desde una violencia al estilo del medio oriente o de Ciudad Juárez y que termine hablando de Amor como una dignataria virtud... es casi una burla, es el corolario de los crímenes, al parecer de los jurados, que sonríen, y sonríen, sólo para no dejar caer una réproba máscara.

Espontánea, ahora se les escapa del dominio y la malicia que manipulan.

Las cosas no están en el país, ni en el presente, para ignorarse. La lucha magisterial, los desaparecidos, Oaxaca que ya es otro, Chiapas, Guerrero, Michoacán 'tentado'... y ella casi como la loca de St Blas, insistiendo en lo del amor.

—*No puede ser ella la representante*

Se conjuran a baja voz los jueces que obedecen a las alturas de los palcos con un gesto, con una mirada. La situación es álgida, se insiste en lo del país, y no está para tomarse más riesgos a la ligera, ni delgadas líneas que puedan trozarse. Ni siquiera la luz por el resquicio debe ser vista. Es de noche y no es la aurora. No se quiere ninguna filiación con torcidas ideas del egotismo amoroso. No, mientras no sea el amorcito que pase de las redes musarañas, de las veleidades y fanfarrias.

Hasta para otorgar un tercer lugar se vio mediocre la pantalla:

—*y con ustedes el segundo lugar que es para... chanchancháan... no, no es para ti... no, no eres tú que así lo creías... el segundo lugar, repito, es para... es para ti, que estás aquí... Geraldine Ponce... lo que significa que tenemos ya a la suplente y a la ganadora. ¡¡Felicidades chicas!! ¡Todas son ganadoras!*

La controversia acerca de cómo un tercer lugar puede haber definido el primero y de cómo la suplente no es un segundo, ya poco importaba. La crítica y el vituperio se harían enconosos por vías alternas para desquitar el rencor impotente de un *populusque* por enésima vez burlado.

Sin embargo aquella, más elevada sin corona, se había dado la vuelta con la cabellera que caía eterna como la noche de gótica.

Mas he aquí sus ojos, he aquí su mirada que se mantiene imperturbable mientras todas se abrazan en una armoniosa pantomima de *squetch*. Cosa que los merolicos del micrófono no pueden dejar de aprovechar:

—*Y véanlas amigos, como están en realidad felices por el triunfo de su compañera. Wou esto es en realidad inédito... ¡Eso es lo que queremos ver en México!, la unión de todos los estados, la paz, la armonía. ¿Qué le parece compañera?*

—*Wou, si, bueno, esto no estaba planeado... me, me da gusto por las chicas y por todos nosotros, que bueno, a final de cuentas lo estamos, emm viviendo.*

¿Harían falta más palabras?...

Yeraldien fue, si, una ofensa a sus capacidades de juicio. Fue, si, una bofetada a los altos palcos con una sola palabra... amor.

Algo germinó en mí. Dos días enteros estuve pensando en aquella lejana caricia del alma. No son innombrables Jezabeles ni reprochables Elizondas. No son los días que se me resbalan como los brillosos granos de la arena acordonada en la angostura de los surcos donde ando recogiendo con las manos un fruto que no es mío.

Pasaron los días hasta que fui movido hacia el Ixtlán por una inasible anatomía de Tortora, y terminé convenciéndome de las legiones condenadas, imposibles.

Al regreso, en la terminal de los autobuses, un viejo pela changos está sentado con un balde nixtamalero, nuevo, apergollado en la mano. Parece que no está matando moscas, y cuando gira su rostro me descubre que lo descubro.

—*Qué royo mén, ¿qué hay que hacer?*

Le espeto haciéndole compañía.

—*Qué rollo morro, hay qui'ir a tortiar, o qué*

Replica.

Es Antoine, el viejo compañero del camino a Talpa.

Ya en el autobús, vimos como un muchacho de camisa roja, abierta, llamaba a una colegiala ninfeta con los ademanes de la mano, en el otro lado del río, bajo las olivas sombras de los carrizales que recorren el margen de la curva de Mexpan. Y se nos hizo evidente el desquite en el hueco de la higuera.

—*detalles como esos son los que uno puede ver, sin querer, en los caminos.*

Le digo.

—*Ey vale. Y hablando de caminos ¿Qué, tienes planeado ir a Talpa este año?*

Directo pregunta.

—*No sé, muchas cosas me han estado recordando el camino estos días, en especial el Atajo. De ahí en fuera es poca la motivación. Ya conoces mi credulidad. ¿Y tú, apoco ya andas echando planes?*

—*yo sí, pa' irlle agarrando ventaja. Y si se hace, voy a ir otra vez de paria mochilero, con los mismos horarios.*

—*Me vuelve a sonar interesante.*

Contesto antes de bajar del autobús.

## LOS PREPARATIVOS

El primer punto de ensayo a larga distancia lo ejecutamos a Coapan, por el camino de Jala la vieja. Pactamos la hora de salida a las 11:00 am del medio día, entre Antoine y yo, para ir adaptándonos a las condiciones del viaje. Es impresionante la atmosfera, rayando en lo legendario. Cuervos posados en el tronco seco de un árbol duro de morir, vigías o guardianes de luto del último cariz invernal; la arena gris, húmeda bajo la sombra del zacate quebrado, la resolana, ascendiendo tan lenta como un vapor de aliento por toda la meseta; altas y esbeltas higueras replegadas al muro de los cerros, que no escatiman la sombra ni el humus de sus propios higos; entre un etcétera más, que hizo consumir el par de horas adecuadas para las viandas que habíamos preparado a la suprema sazón de los frijoles.

En un dos por tres brincamos la cerca del callejón, y en un deportista seis ya estábamos en la mera comilona. Después el reposo... y cual cosa de alucinación leguminosa, empezamos a ver cómo en lo alto del cerro aparecían tímidas las musas, al principio. Después, propias ellas, displicentes ellas en medio de esta marginalidad casi desierta. Soberbias y desnudas ¿Quiénes son?... ¡no podía ser!, simplemente no podía ser. Desiréh encabezaba el desfile entre las piedras, contoneándose por los pétalos que Baubo le había tendido como una Cuatlícue para descender alfombrada; le seguía nada menos que Yeraldien cayendo en su fugaz verticalidad de epazote. Con ellas el cordero degollado hasta el consomé de barbacoa, la vuelta del carnero dócil a sus manos de subsuelo. Y luego una retahíla de carnes lujuriosas y sueltos estupros.

—*Oye Fran... ¿ya las viste?*

Dice quedito el viejo, recostado, con una paja apretada entre dientes.

Asiento a mover mi cabeza, en cuyo silencio pasmado se interpreta un sí.

Aunque, bueno, en honor de la *veritas* he de anotar que yo vi a Desiréh y a Yeraldien, pero Toño ha visto a Olga Brinsky y a Tongolele encabezando sin nostalgia alguna el aquelarre de las musas.

Reposado el mal del puerco, con tranquilidad retomamos la brecha y pasamos por entre las cortinas de raíces colgantes a los lados del camino; entre tierras de barbecho a punto de arado, hasta llegar a las afueras de Jala y sus buganvilias, por el puente del arroyo. Acordamos no ir a Coapan debido a la premura del tiempo; sin embargo ubicamos el norte de la brecha que se abre empedrada.

Alrededor de una hora y cuarenta minutos oscilamos, con todo y mochilas y cacerolas colgando, entre la terminal de autobuses y el parqueadero de los sitios afuera de la lateranense. Ni un solo taxi a la vista, en todo ese tiempo, me hizo exclamar una quejumbre ciudadina de: “¡ah rranchito!”. Y Toño recordándome que era pueblo mágico por los hoyancos de pedregal donde ahora caminábamos.

—*Eso de los pueblos mágicos se parece a la fiebre del oro norteamericana y gachupina... ¡todos quieren ser mágicos!... o patrimonio de la humanidad si se puede... ¡ah rranchito!*—. Rezongué.

Al fin acertamos a salir del pueblo y a lo que se viera primero, olla o taxi, o de plano otra pincelada de regreso. Topamos la olla. Pagado el boleto y sentados nuestros fondillos sudorosos, que empieza el conductor del autobús a subirle el volumen a una rolita de esas “modernas”, con el comander mochando cabezas y sacando las tripas a los contras, clave diez treinta camaro azul deportivo. ¡¿Qué pocilga nos tocó?! El chafirete, entre ingenuo y tonto, se sigue moviendo al sonsonete de la musiquita fascista adaptada para estos ranchos y pueblos; continúa con los Elizaldes, los calibres, los ineptos juniors del Recodo que hicieron trizas el legado sinfónico de Cruz Lizarraga; el floreo de la reata feudal, el capataz pasado de contrabando a símbolo mexicano del charro; los cacerozacos, las pistolas, el mariachi, derivados de aquel fundo-feudo, de aquellos hacendados y sus látigos, de lo que se supone debemos estar retrógradamente orgullosos, todo esto mientras vamos cruzando los dominios del generalito Romero. ¿Pero también qué más podíamos esperar? ¿Reggaetón?... Qué lejos quedó el Morondongo de la Bernabé, Macumba, la bamba; y más, la melancolía agrícola de un “a caballo voy al monte, a caballo voy”, o los ejes de mi carreta que nunca voy a engrasar; cuando, cuando llegaré al bohío.

Los preparativos transcurrieron a la sazón de los días y las semanas, con otras más caminatas a la Campana, a Zacatlán, por fin en el fondo de Coapan; al volcán y sus periferias, buscando descifrar las incunables páginas de los paredones que suelen ser nido de águilas.

Una semana antes de partir se hizo la reunión oficial de los parias en torno a la mesa en el hogar de la familia Jara López; agasajada con frijoles de la olla, salsa picante y muy picante, queso fresco desmenuzado y agua de jamaica. Tortillas torteadas por el inolvidable sazón de la señora Benita. Irá siempre mi gratitud en las líneas de estas y muchas palabras a sus manos trabajadoras.

Los puntos a afinar fueron la hora de salida, los lugares de llegada, quien se lleva qué; y por enésima vez enfatice, en lo personal, lo ligero que esta vez iría. Tomamos en cuenta los riesgos y que nadie estaba salvo de accidentes, independientemente de la edad o condición física. Pactamos la salida para el próximo viernes a las 3:30am, el punto de reunión será el ICATEN.

Para ganar tiempo al tiempo, inmediatamente me puse a trabajar en el refuerzo de las asas de mi maleta, con hilo de cáñamo, y empecé a ir metiendo nomas “lo esencial”. Fruta, las coconitas, cebo, pomadas, vendas, calzones, calcetines de deshecho, polvos de maicena y zinc; nueces, pepitas, garbanzo, dulces, dos ensureses, más fruta otra vez, que al cabo que son consumibles, ‘tu echale’. Gotas para los ojos, frasco gotero de me vale madres, módica cortesía de la casa Delgado, lentes, un volumen impreso en hojas tamaño carta de “el espíritu de la naturaleza” de Emerson. No del todo conforme ni convencido, empecé también a echar uno que otro fetiche: colgué una gorrita pequeñita que encontré entre los cachivaches que menee alguna vez. La gorra del bebe es una *kempis* de mezcilla bien conservada: un juego de herraduras con un potrillo saliente le flanquean un gradado baño de cadenas doradas... el mando es indiscutido; puedo ver a Atila y los hunos, pero sobre todo la génesis de Iván. Al ver la pequeñuela visera, las ansias parentales me golpearon tan duro como un hierro en la nuca que decidí llevarla conmigo, total que no pesa nada. Luego la medalla maratónica que amarraría con el hilillo de Nany en la cimera de la burrita de Susi. Y al final, que por poco y olvido, el vaso nutricional de Vic, que tuve que colgarlo por fuera porque ya no cabía... y si señores, otra vez la mochila llena, pa’ los que ven burro y se les antoja carga.

*“La poesía ha sido siempre el gran milagro de la resistencia”*

Luis Chitarroni.

## EL CAMINO

### Primera jornada: Ahuacatlán-Cofradía

2:50 am de viernes 4. Marzo.

Después de todas las alarmas y despertadores puestos y colocados estratégicamente, salgo a la hora dispuesta. En esta ocasión no me da por cruzar la acequia del riachuelo, aunque el recuerdo de muchas cosas ociosas me jala como un magneto casi irresistible.

—*“Ven por aquí”* y chasca los dedos como un monarca absoluto de la oscuridad.

—*“¿Por qué he de obedecerte?”* y elevo la frente mirando de sesgo el trazo del camino.

Me contesto osadamente, de plano en un soliloquio mental que arroja todavía la somnolencia hacia un elogio de locura. Puedo dialogar con un mí mismo sin tapujos ni tabúes.

Estoy en Juárez y voy directo a hacer escuadra con Manuel Doblado; pero una reflexión me torna a Iturbide y luego a Guerrero. Hablo de las calles de mi pueblo, por supuesto. Soy un paria de sentires peregrinos. Doblo y doblo llevado casi en automático por el optimismo de un buen tiempo y clima; cuando de repente, a un par de calles del domicilio de Toño reparo —literalmente, con todo y mochila— en que he olvidado el celular. Lo he dejado y es demasiado tarde para devolverme. ¡Oh problema!... que resolveré con el cacomite, es decir, con las gotas de *me vale madres*, de la casa Delgado, que traigo para consumir en el camino. Total, el teléfono no es la gran cosa ni el meloso juguete; uno o dos contactos son los que valen la pena para este viaje, el resto para otros menesteres. Puedo vivir sin la súper tecnología del cacahuete. Vamos avanti.

Llego a la casa del amigo, extrañándome que solo se encuentren ellos dos, Antonio y Benita... las cosas cambian, siempre. Repartición de los sueros y chicharrones; y en un que esto que l’otro, que ya debe de ir Jesús en camino de la salida como quedamos, y salimos meditados en el tiempo.

Bien hubimos tomado el callejón de la alcantarilla y comparto *“mein Heilmer”* a Toño, de que he olvidado el cel en casa.

—*eso no le pasa a todo mundo...*

Contesta con una dosis de ironía tras las bambalinas de su ya reconocida mayéutica. Ni dos pasos hubo dado cuando al fondo del callejón se alcanza a escuchar una sonaja.

— *¿o tú qué crees Fran?...*

Él no ha escuchado, pero sigue sonando con mayor insistencia e intensidad en la serena madrugada.

— *ya sabes lo que creo en estos casos, a todos nos pasa. Y fue lo primero que anoté en la agenda, y fue lo último que se me olvidó.*

Contesto, haciendo un poco de plática a ver hasta qué hora escucha la sonaja.

— *nooo, no a todos, nomás a los distraídos muchacho...*

Ya para entonces ha salido doña Beni con el báculo a medio callejón sin parar de agitarlo. Es entonces cuando le escucha y de sopetón se regresa exclamando:

— *¡mi burrita!*

Y yo que me cago de risa en lo que no le pasa a todo el mundo. Los cojos caen más lento, los peces mueren por sus tantos etcéteras. De regreso no hay más de una palabra para decirle:

— *¡bitácora!*

Rumbo al punto de reunión para la salida, lontananza de la hundida aurora, una apretada luna en su cuarto menguante está cayendo diagonal sobre el humor luctuoso de las carpas y sillas, reflejándose quebrada en los ángulos de cedro bruñido y remates de oropel al féretro. Nos ha sorprendido al oprimir el empuje de esta frígida mañana... es la penosa muerte de Morzolote.

Una y dos ánimas negras deambulan, como queriendo y no, por entre las sillas y a lo ancho de la calle. Las dos patas peladas y el caminadito delatan que son unos buitres al acecho de quien sabe qué, a esta hora. No cabe duda que uno jamás puede predecir su destino, por más dotado que esté. He ahí al poderoso nagual de los ríos, al macho cabrío cuya sola aparición hacía temblar a duendes —los que se roban el alma de los chiquitos— sacándolos de los recovecos de las higueras para hacerlos sufrir más, con la pura punta de la mirada. Haciendo temblar a hurracas, a santos y demonios, a putas madrotas y doncellas pudendas también. Helo ahí, pese la conquista a la antigua usanza, tendido, a punto de ser picoteado por el yillo, que es por donde siempre empiezan los zopilotes del trinquí.

— *así es de sorpresiva la muerte.*

Clichéo entre sendas reflexiones, a lo François, con el compañero de viaje.

A última hora creo que no solo soy yo el que se ha cargado con excesos, pues visto de cerca, el compañero parece arbolito navideño, hasta una bota o calcetín —por lo menos eso parece— le cuelga de la mochila. Eso sin contar que trae todas las bolsas del pantalón retacadas de quien sabe qué tanto. Igual que yo. Venimos en sintonía. A ver qué será de Jesús con sus pertrechos de poque-bola.

Veo el fondo de las calles vacías, por ahí puedo trozar y en rápido *sprint* de cinco minutos ir por el celular hasta la casa, pero desisto a razón de que Chuy llevará el suyo. Lo contemplaba en el entendido de que nos sucediera algún percance por el camino; pero en última instancia, en los lugares donde pudiere suceder no es de mucha ayuda andarlo cargando porque ahí no hay señal. No cabe duda, mucho de lo que la popular tecnología tiene es un tajo de toma pelo. La vida es un riesgo constante y lo tratamos, calibrándolo, la pasada reunión del domingo.

Bajo la luciérnaga lámpara del punto de reunión se disimularon los adioses a un pueblo que duerme todavía. Somos ahora un Lucífero tridente.

La inconfundible sensación del sereno cayendo sobre dunas y polvo quieto de una todavía noche, víspera matinal, que abre sus costados de fragancia, nos va despidiendo del terruño pausadamente. Visto hacia atrás, el pueblo de Ahuacatlán despide un opaco arco por el ramal, emanado de las alturas de lámparas y postes mientras nos adentramos en la penumbra del camino. Hacia delante comienzan a brotar en la oscuridad más densa pequeñas luces de estrellas; unas cuantas se asoman primero, muchas son después; el universo late con sus lejanos mundos y vidas en otro camino astral. No puedo sino contener un *suspiria de profundis*.

Y ¡zas! que meto el pie en un hoyanco, víctima de mi propio reflector que no aluzo bien. Ahí voy taqueándolo como única técnica desesperada para que encienda. Nada. El circuito falsea, lo que significa que tiene marangula; no tardaré en encontrarla. Justo cuando espero que Toño saque un quinqué de petróleo con mecha de merinos pa'lumbrarnos... ¡tómala barbón! Que va sacando una venadera de leds, recargable, con modalidades de degradado, amplitud longitudinal e intermitencia. A última hora el de la neandertal mecha fui yo, trenzado a trancazo y trancazo con mi lamparita de baterías de carbón.

—*todos los recónditos lugares estos deben de estar guardando un luto por la muerte de Morzolote ¿no lo creen asina?*

Les digo

—*sí, asina es Fran. Y más todavía que por aquí venía por estos caminos.*

Contesta Toño. Y Jesús callado no puede aguantarse de preguntar:

— *¿bueno y quién es ese Morzolote tan mentado pues?!*

Explicación sucinta, en una palabra, de quien era; y del titipuchal de hijos que dejó regados por doquier. Diciéndole que hasta en Jalapa de la Veracruz, aunque aquellos no cuentan. Y de tal manera dio en la cuenta de que es de todos y todas conocido, del pueblito y del rancho.

Doblamos con agilidad, cual caballitos de carrera, y tomamos la autopista vacía. El fresco cierzo que envuelve los ropajes también nos dota de un vigor inexplicable. Y ahí vamos, caminando solos al amparo de unas blancas líneas en el asfalto; con un nítido trasfondo sideral, de infinitas constelaciones. En ese éter caliginoso que revuelve la alquimia nebulosa de la vial láctea y los cielos estrellados, cae vertical, frente a nos, rasgando las oscuridades con toda su fuerza, la intermitencia de una estrella fugaz que los tres vimos a un mismo tiempo.

— *¡ándale Fran, pide un deseo!*

Dice Jesús con tono infante.

—*Ñoñerías no.*

Contesto en tajante papel mientras mi visión deambula por entre las pencas de nopales, buscando la reencarnación de las figuras del pasado, consciente de que cada madrugada trae siempre en sí misma el milagro de algo distinto... otra estrella fugaz me distrae de la concentración en la opacidad de las salamandras y escorpiones satánicos que coruscan bajo el cerro pajoso. Y no hubo pasado mucho, acaso algunos segundos, cuando Toño refiere otra por su flanco... ya cuando Jesús voltea hacia atrás imbuido de un asombro anunciando una quinta estrella, quedamos los tres envueltos en una maravilla de la naturaleza... estamos ante una magna lluvia de estrellas. Durante unos minutos disfrutamos el espectáculo: se cruzan diagonales, unas más, otras menos; de larga estela, apenas vista... El cielo, la noche, la naturaleza, todo, fue capaz primero de sorprendernos... luego, por lo menos a mí, de enternecerme hasta el alma con su manifestación. Soy todo de ella.

Desviamos rumbo hacia La Campana y a la altura de las Bayas trato de localizar la hierba del zorrillo para procurar una infusión preventiva en caso de tos porque el clima sigue fresco. La busco con escaso resultado pues la lámpara no ayuda mucho y apenas le voy hallando el truco.

Mientras más caminamos en la brecha que conduce hacia La Campana más se eleva el anillo marfilado de la luna. En el claro de las viejas minas de arena se ve que ha nacido ya el lucero de la mañana, de fulgor sobresaliente y despejado.

No sé si extasiado todavía por la lluvia de estrellas, o por el lucero; no sé si en mis somnolientos cabales... el caso que les comente:

— *¿vieron el certamen de belleza el mes pasado por la tele de a color?*

—*no, ¿Por qué?*

Contestan alternadamente uno y otro.

—*aah pues porque una corita nos trajo el segundo lugar. En realidad merecía haber sido de menos la suplente; por su manera de contestar, su natural porte, el dominio de la plataforma y de sí misma...*

Poco o nada faltó para soltarme con la retahíla de idolatras virtudes, para hacer de su figura un usurpado aposento de los dioses oníricos.

— *¿Cómo se llama?*

Pregunta Antoine.

—*Yeraldien*

Contesto de inmediato.

—*aah, tiene un nombre muy acorde a lo que expresas.*

Una centena de metros adelante Joshua me agarra fuera de lugar, en un franco jaque al descubierto, preguntando:

— *¿Cómo dices que se llama?*

—*Yeraldien*

De inmediato vuelvo a contestar con el veneno de la avispa, ya envolviéndonos la claridad de la aurora. Es muy raro tomar por estrella el numen de una belleza de pasarela... pero estos lo hacen, y encima comienzan a carrillarme. ¡Caro hasta la tiricia me saldría mostrarles la musa argentina, el platónico amor del camino! Ya me lo había advertido Susi: “Cuidado con lo que dices sino quieres ser sujeto de búlin pa’ muchos días... qué digo días, ¡años!”.

Llegados al guardaganado brota luego el corral de una casa en cuyo poste de falso abierto se encuentra una mula aparejada esperando ir por las veredas del jornal, entre resoplidos que ya no alcanzan el brío del relincho. Al fondo del corral el hombre se inclina también en actitud de espera mientras la mujer tortea en el nixtenco a toda llama... otra vez soy cáscara y palo que arde y humo y manos y maíz y gusto por el olor de la canela caliente. No es un sueño, ya es el camino.

Pasamos el arroyo y el puente enfilados hacia la subida. En el cenit se va abriendo una genitora carne de zafiro de quien aceptamos el obsequio de los rayos rojos develados en los troncos de los árboles y arbustos, de las guías y las ramas; ignífugos, refulgentes, manados de la piedra de amatista que hiera a todo el mundo. Y nos agarra pariendo los chayotes de la cuesta, para que negarlo. Comenzamos a elevarnos, paso a paso, gota a gota de un sudor vaporizado junto a los primeros robles del templado bosque, con el bofe bien trincado. Empiezan a volar las sudaderas y a amarrarse con un chongo de los buchis cual amantes lisonjeras.

Al medio fondo del barranco reverbera tenue una claridad color turquesa. Me acerco al reliz para tratar de distinguir el singular tesoro... es una tumba no ha mucho tiempo pintada. Alguien o algunos no han olvidado los días que sucumbieron a los años, ni la profundidad ausente. A veces pienso ¿Qué color pudiere tener la ausencia para poder sobrellevarla? Debe de ser ligero porque el plomo nos aplasta a los primeros pasos. Creo que han sabido elegir, turquesa esmeraldada es el color de la lágrima de una estrella.

Seguimos la ascensión mientras el halo de un silencio forestal se va haciendo esférico. En su seno emana el nítido canto de las aves con toda su pureza y penetramos ya en otro mundo de frondosidad inmarcesible; pero a pesar del romance y la boda natural, no somos los únicos. Un motor viene subiendo forzado, golpeando los recodos de la sierra con su eco. El canto acaba, el vuelo, crispado, huye. Es un sitio de Ahuacatlán, seguro va por alguno de la punta.

—*alguien tronó ya eda’*

—*eeey, ¿pero quién sería?*

—*pus de los que van de rudeques, yo creo.*

—*bueno, a lo mejor alguno se puso mal.*

Ese taxi nos pone a cual más de mitoteros. Que ironías, pasamos de avocados titanes de capitolio a fáciles comadrejas.

La quietud tropical retorna luego del compadreo, y apenas la sutileza del horizonte deja entrever la timidez mañanera, cuando una cabeza de anaconda se desliza por los pedruscos de la brecha. La guía un cupé negro de modelo reciente con los neumáticos blanqueados por la polvareda. Le sigue otro y otro y otro en una retahíla de más de veintitrés. La caravana nos asfixia, no tanto con su fuerza reptil sino con sus gases y polvo. Ah pero eso sí, desde su aposento de Carlota una límpida mano femenina se ha dignado salir por la rendija de la ventanilla ahumada a prodigarnos un saludo de plebeyos a la pasada. Rubia lacia, peroxigenada, de blanca y mortecina piel, ataviada con algunas alhajas: brazaletes, dije, y una gargantilla donde lucen incrustaciones de rubí y adornos que se dejan caer hasta la huesuda clavícula; lentes oscuros y una sonrisa de buena vibra completan el falso prodigio de la nobleza rodante, a lo frívolo esnob. Ante semejante manifestación de simpatía reptiliana... te fuiste cuichi, y no dejo de espetar un:

—*malditos hijos de la gran ramera. ¿Qué se creen que es uno? Que se baje, ya quisiera verla en rojo jitomate atizándole a las llamas del solazo en el arroyo... ¡zuka!*

Los putee hasta el cansancio aunque eso no evitó que termináramos primero tosigosos, luego encanecidos de la mema, algo así como empanizados de tierra; y ahí estamos sacudiéndonos a guamazos con lo que se pudiera. No porque la demiurga leyenda diga que del polvo venimos y en polvo terminaremos, nos ha de encantar el revolcadero de gorrinos. Estos quieren que uno ame felizmente todo lo que implica esfuerzo y sacrificio atroz; pues no, no amen.

Nos detuvimos a hacer bien las labores de limpieza y aprovechamos para tomar el refrigerio. Son los consumibles los que vienen calando; así que de inmediato me lanzo a sacar la piña y las peras para ir aminorando el peso de una vez.

Resulta ser que loshua, el conquistador a la mexicana de "Ai'ho", futuro citizen y toda la salsa y crema que se le pueda echar a los tacos... ¡nunca había probado las peras! Así de fatal como se oye... ¡Nunca! Y no porque no hubiera en el pesebre, mejor dicho, en el frutero familiar. Sino que jamás le había dado por probar.

—*sabe, siempre las había visto ahí entre manzanas y plátanos, naranjas y a veces limas.*

Dice.

Francamente no sé porque lo dilapido en estas anotaciones. Tiene treinta años cumplidos... yo también a la misma edad vine a probar la pera. Aaah pero eso no es todo, para rematar también ese Toñeque hace algunos

años ofreció una pera a una compañera de viaje que tampoco las había probado, en la misma subida por donde vamos. El punto, lejos de napoleónico se ha convertido en el karma de la pera.

Aprovecho para ponerle mi flamante medalla maratónica en la cimera de la burrita. Apoco nomas Toño con la coronación de su mundo Wixarrika y Chuy con su poque-bola en la mochila me van a apantallar.

El desvío del camino que agarramos luego del carma de la pera ni está tan retirado, ni es tan panorámico, lo que sí es que tiene mucha hierba florecida que suelta un aroma peculiar. La neblina panorámica en el fondo del valle no se ha difuminado aún, y da la sensación de que sigue estando un claro de mar con su imponente presencia: st Pancho, Mazatlán, Los Cabos... solo falta el fastuoso canto de ballena al voleo para colmar las dársenas del espacio que se nos abre a cada paso como un espejismo del océano pacífico.

Pero a falta de ballenas... que suene el “*din din, dam, cataplam*” de mi cencerro. ¡Eso es todo mi Fran!

Al bajar rumbo a Las Cebollas desviamos la ruta otra vez, dejamos camino nuevo por vereda vieja. Me sorprende que la senda se nota bien a pesar de lo antiguo, hasta cierta altura, lo que significa que la caminan. Y yo triunfando en lo que a ruido se refiere. La tronata de la hojarasca de roble hace parecer que unos osos mieleros andan en busca de colmenas o güarichis; pero no, somos nosotros que pazguatos vamos bajando abultados por la mochila. Conectamos de nuevo a la brecha en el acuerdo de no volver a bajar por ahí.

Esta vez, abriendo campo en Las Cebollas entramos con una nostalgia —a lo menos yo— por las rosas del año pasado. En ésta ocasión hay capullos lilas y amarillos que se mueven con un ligero oreo pero que todavía no abren, uno que otro se ve incluso ya plagado. Las sombras que se van enderezando guardan un hacendoso bullicio al interior de cada casa. Las amas preparan ya la comida, alguna estación de radio se huelga con toda su sonoridad ignorada por quienes hacen las labores. Afuera un triste relingo se encuentra amarrado con la silla de montar puesta. Jesus aprovecha y toma unas fotografías quizás para un posterior dibujo, su vista pictórica creo que ha percibido la tristeza del animal.

En eso voy imbuido cuando de repente dos lenguas grises y una amarilla soban el techo de cartón y se escurren por la horqueta del cochitril a toda velocidad; es un gato persiguiendo dos ardillas voladoras. Al caer, la una jala pa’ un lado y la otra pal otro. El felino no duda y se persigue a la que lleva más corto, ésta brinca sobre la brida y literalmente vuela hasta en medio de las orejas y de otro envión llega al mono de la silla donde se instala a dos patas y unas manitas libres sobre el animal que patea el suelo... para este instante inmediato la petigrís ya ha calculado todo su alrededor.

Alguien sale y la ardilla, sin que nadie se haya percatado de su existencia, desaparece de todos y todo. Aguzo el oído clavando la vista al suelo, sin ver, luego a un flanco y a otro... pauso hasta la respiración y disminución de un par de latidos. Le busco, y puedo escuchar todo menos a ella. Huele a rancho con algunas olas de boñiga caliente, gallinas, leña, resina, humedad. Estoy atento al rango, al mimetismo y movimiento estático, inclinación solar, trayectorias, parábolas y arcos; presión atmosférica, reflejos, tensión. Se siente el aura de la sierra, el vector, la geometría perfecta y la singularidad, incluso un ligero sabor astringente... ahí está, camuflada en la cúpula gimnosperma. La pequeña roedora descubre en mí al limpio naipe de un francotirador, la resurrección del derrotado que dispara a donde se esconde ese nadie y esa nada; el germen santo de un guerrillero que anuncia la aurora después de la noche eterna; pero de alguna manera sabe que no vengo de cacería, sus ojos de nuez se esconden como fruto del árbol mirándonos pasar... quietecita. “¡lo he visto!” dirá a los demás roedores.

Sueno de nuevo mi cencerro, y le saludo con un locuaz “hola” que ella olfatea a nariz baja, se peina y vuela perdiéndose por entre las ramas hacia la espesura de la selva.

Llegamos a donde pactamos el desayuno y ¡cuáz! Las mochilas al suelo. Cada quien agarró su localidad a la sombra del único edificio, que poco a poco con el sudor enfriándose se fue convirtiendo en una gélida estancia. Yo, de inmediato sobre las salsas y los guacamoles a discreción, ahogando las tortas. Chuyín ha por los *chescos* de la tiendita.

Llega un perro y otro, escuálidos... galgos sarnosos con las uñas rascando las piedras, unas auténticas arpas raspando el aire roñoso que no es del cielo; luego llega otro, y otro más todavía, con los colgijes de la campaña de vacunación antirrábica apergollados al pescuezo. Han venteado las carnes, de manera que estamos rodeados de una espectral jauría en aplastada espera.

De la inopia de la tienda con aliento a trementina sale en una silla de ruedas el viejo Chalino y viene hacia con nos, rodándose entre dificultoso y cuidadoso con un solo y desgarbado brazo. El otro lo tiene tullido y trae almorzándose cualquier mendrugo que le quepa en la mano. Ya de cerca la cabalidad se le ve homínida al instante, no es tan viejo sino avejentado; con una enguatada barba polaca que cubre la mendicidad de su rostro macilento, desde donde cae el parpado ladeado cuya entraña guarda uno de sus ojos casi seco. Alguna enfermedad le hubo postrado y dado el deplorable aspecto que tiene. En su frente de petroglifo, y en la piel agrietada, se le han hecho zanjas, surcos dispuestos a sorber la mugre rancia de los andrajos deshilachados que le cubren con la baba de lo que mal parece una camisa. Supimos que fue chalán, peón, y luego maistro pringado de mezcla, muy diestro pa' mover la muñeca y las canillas; y que de nada le sirvió fregarse el lomo y destaparse las manos con cal hasta el rojo de la carne viva; construir casas, mansiones, carreteras, *freeways*, edificios orgullosos, soberbios campanarios en la unión. Un mal día tuvo una caída de los andamios; fractura lumbar y sobre la fractura infección y sobre la infección las bacterias implacables, el desahucio de los médicos y el abandono de los amos y patronos como si de un gabazo mascado se tratare... escupido.

Nos platica que él y sus amigos, allá, tuvieron siempre un *estilo de vida* y gustos comprados, moviéndose en pos del cansancio y el descanso con la precisión del péndulo: un par de copas, un prostituto vicio cada fin de semana, y perico y chivas y cola de borrego como en el rancho; sin darse cuenta que precisamente eso era un baño de cadenas entre quienes tocó una cuna de arrabal y de miseria escarneciente a donde quiera que se ande.

En el lugar donde estuvieron los fuertes brazos, ahora vestigios sin el fragor del trabajo, la marginalidad le clava los colmillos intestinos, chupándole la sangre como un vampiro, rasgándole las fibras como una fiera, y depositando un auténtico esqueleto que yace untado a la manivela de la silla, sintiendo hasta el tuétano que cada día que pasa es un desperdicio atroz.

Con la hija embarazada de uno de la “suidá”; incapaz de saber que quien ofrece todo de sí no es para otra cosa sino para seguir reproduciendo un principio de miseria, y que cuando lo sepa será ya demasiado tarde. Cierto es que hay seducciones tan portentosas que no pueden ser sino virtudes; pero no así la fanfarria y los *panchos* armados a los que ha cedido, también incapaz de comprender, por lo pronto, que el consentimiento a la fascinación y la conquista se deba a un miedo o a un llano terror de fondo.

—*Yo los vido cuando venían en las trocotas y traían muchas botellas de vino pa hechárselas con los escuincles di ahí, y jumaban marihuana y polvo han después. Y sacaban las pistolas relucientes. No los juera a conocer a los mondaos.*

Dice señalando con la cabeza los chavales mostrencos que para labrar su viduela de ociosos limpian una camioneta cuatro por cuatro de último modelo, a franela charpeada, en un lugar donde imperan las remudas viejas y los caballos pal' chorizo.

Hay más autos pero del año de la estramancia, algún viejo carromato estilo apache, ya oxidado; otro desmantelado con medio neumático haciéndola de pesebre con pastura; y el otro medio, colgado, haciendo de columpio público en la higuera.

—*Ya bien pa dentro de la nochi se iban por las veredas y se oyían muchos tiros y trujían soldados muertos pa la mañanita y los dejaban encuerados a la entrada del ranchito y pa pronto se pelaban.*

—*¡Ashh! ¡Apáa! ¡Qué anda haciendo allá pues!, ya le dije que un día se va yir rodando pa' bajo.*

Grita desde la tienda una muchachita chancluda, de greñas apelmazadas y algo así como una bata o camisón color crema, pardeada de manchas mantecosas, saliendo acongojada y de prisa, retando con el avejentado Chalino.

Como si no le hubiere escuchado, el viejo sigue relatándonos:

—*Ai'stan estas pendejas de créidas. Pero manque sea unas ha se fueron pa' Guacaclán y allá tan pregresando quezque en las cachimbas. A mi se mi hace que numas nos cuentan porque desde que salió panzona mija le dije: ora si tas bien chingada y ni pa onde vaigas que más valgas que aquí. Asina son las cosas desde en denantes; unos son hijos de los güachos y otros de los matones o mariguaneros. Por eso a ninguno le gusta el rancho ni siquiera pa cagarse.*

Al momento llega la chica, es prácticamente una adolescente y pese a su aspecto famélico, tan demacrada, sus rasgos son sumamente hermosos. Como Hermosa es la mujer que sabe abandonarse con su propia Nadedad, tan Bella como el garbo de su fértil desnudez. Es una doncella ultrajada que le han domesticado para esconder la mirada hosca tras el cabello o bajo las piedras, para perderla cuando está sola sobre la cresta de las montañas o aquende las entrañas de la noche. Su panza le abulta ya en una demasía como de nueve meses, la nequicia está bien pintada. Ella es antinomia del padre y sus vicisitudes, acaso sea por la edad, aunque ya empiece a caminar la senda transparente donde no vale arquitecto alguno para la propiedad de su fatal destino.

—*¿Vedá que te dije?: Ora si tas pior que yo mi'jita... ya tas chingada. Y yo que soy un inútil y un estorbo.*

Se le derrama una lágrima arrostrada que me abrasa el alma de un fuego sordo y de pronto se convierte en ceniza de metal. “¿Los yunques y crisoles de tu alma, trabajan para el polvo y para el viento?” susurra Machado.

—*Y yo ya le dije que no se me ande viniendo pa'ca, así nomás pues.*

Replica ella tomando las manijas y empujando hacia arriba, con desplante indiferente ante nosotros.

El loto rasgado y marchito sube en una ristra de pasos lacónicos. No podemos indagar en las tumultuosas minucias que desenfrenan el carácter; y sin embargo no hace falta ver cómo se baten en una marisma de

angustia cotidiana. Quise ayudarla a empujar la silla pero me detuvo la mano temblorosa del viejo que se alzaba en una especie de medio abrazo, tan suficiente para protegerla del medio mundo, que no prorrumpí. Sé que sólo se tienen el uno al otro en una extraña mezcla donde el cariño y el sentimentalismo no son ya una fofa prioridad.

*—pero yo han de todos modos la quero ansina mi'ja. Qué más da que me esté llevando la chingada ¡eh!*

De alguna manera sabe que la suerte está echada porque la luz de su vientre será en realidad para él una lapidaria tiniebla, y una pesadilla. Si acaso logra ver crecer a su nieto los primeros años, la sangre de su sangre, no será ninguna bendición sino el supurar una herida cuajada de engaños; porque nada envenena más al alma que la caricia fingida. Y ahí va la sagrada familia para quienes promueven suspiros románticos y la bastarda opresión de los marginados.

Llegados arriba ella toma el esqueleto de la silla de ruedas y lo coloca indulgente y cuidadosamente en otra de hilillo mullido, bajo la sombra de un árbol, luego le acerca una andadera en una especie de cantico, que parece una loba donostiarra del desierto. ¿Dónde irá a dar a luz la paloma marsellesa? ¿En el monte? Porque aquí lo que parece ser hospital está a puerta cerrada con candado y un tambo de basura tirado sin justicia alguna enfrente.

El expendio de cerveza, a un ladito, está abierto y ya ha tenido sus primeras ventas con los mostrencos crudos. No cabe duda que estamos viendo una legión de olvidados.

Denme una ingenua oportunidad en un millón para esa criatura, y yo apuesto a que la incalculable rebeldía de la Vida puede parir aquí, sin idolatrías, a un Diderot de luces, a un Emerson trascendental a un Miranda sin fronteras a un sonoro Neruda; o a todos juntos en un fénix como Juana Inés. Así como en las secas urbes han volado de las fuentes los cantos de las muchas aves.

El vejucos se incorpora para dar unos pasos, apoyado en la andadera, orbitando en la pingüica sombra, patíbulo del antro donde se le va secando con sus diarios padeceres una vida abúlica que ya no pertenece a sí misma. Brotándole ortos arrobados en la cima del cerro, que son vigías, centinelas, obituarios a la espera de su ocaso... y él lo único que puede hacer es tomar unos rayitos de tísico sol, arropado como anda, con los andrajos acibillados de remiendos. U ocultarse al remanso de las estaciones a esperar, a esperar... ¿Qué espera si la esperanza es la más sátira y torturadora de las fingidas virtudes? Anótese lo bello como una cualidad aberrante.

Ahí sucumbe en un techo de lámina de asbesto, y ahí morirá, en la casa ajena de su hermano; guardando un rencor salvaje contra los cielos que le cercan y le anclan a este mundo, con todo y mudos afectos, como una cosa o bulto. Vivir mal, es siempre mejor que morir. Ahí está el razonamiento descarnado. Pútrido. La pústula que estila.

Pero él ya tiene el coraje para morir, y el desprecio por sus propias agonías. Le guía un instinto de odio natural que le hace fruncir el ceño en su único y último gesto noble, haciéndole un poco de bien porque el acíbar del sentimiento le libera de haber estado engañado por tanto tiempo. Se ha dado cuenta, aunque sin saber cómo expresarlo, de que su humanidad no figura, no alcanza ni siquiera la parca denominación de 'persona' sino que es algo así como un sujeto, una sombra más o menos difusa como las que tragan su entorno.

Y necesario es decir ahora que amigos ya no tiene porque ahora son compañeros que le abren la puerta a la indigencia y miran por una reducida ventanilla, cara a cara, la nostalgia de vivir. Nos recuerda un poco a Siberia de noche, Ulua en las sombras, o el símbolo del henequén más yucateco, porque tiene su propia prisión aquí, consigo mismo.

Y si el sentimiento es el estadio superior de la mujer y el hombre... él siente odio, coraje, resentimiento; porque se sabe usado, humillado, ofendido por quienes detentan el poder de dios y la muerte, por quienes la vida no parece tan interesante sin los premeditados designios, principios de enigmas o acertijos de la rapaz pobreza, el lugar donde fue lanzado; un lugar donde a diario llega, por el reducto de la televisión: el chicungunya, el histórico sida y el memorable chupa cabras. El colmo del sadismo. Y los vientres del fruto que no son Jesús, ni mucho menos Jesuitas sino pequeños ilotas, aprenden de los profesoretas el hambre de la capital, el deseo estéril inoculado por maestros que debiendo ser apóstoles son unos auténticos petimetres perfumados y aprobados, en consecuencia calificando con basura o con marquetas o con calabazas de Halloween, que más pronto que tarde terminan en basureros. Más preocupados de sus sinecuras o de apuntalar las mafias sindicales Montenegras que del aprendizaje del niño y su situación social. Promotores de letanías y disparates como el perdón y el olvido, el eterno servicio y el amorzuelo mojigato que busca agachado la felicidad mansa, domestica. Una sola boca es la que habla y dice: miserables; cuando les amansan durante ocho años al estilo de Walafrido, estudiando cálculos diferenciales para aprender de manera integral a volar un dron, saber posicionarlo en tales coordenadas o para terminar mancos en las comarcas de la novedad tecnotronica, sin continuidad negociable. Y que sigan ignorando, aunque sepan leer y escribir y sacar cuentas sumatorias de la aritmética, quien es NASDAQ y Wall Street. Y que se conviertan en admiradores por igual de la CIA que de la NASA, de Hollywood que del Pentágono y el pentagrama.

En vez de la docencia del maestro, reciben el fanatismo de predicadores sistemáticos que terminan formando, al final de sus carreras, ingenieros alienados, prestos a consumir los celulares y gadgets de última generación; que lacayunos, hacen la 'magna' obra de un camellón para ene gobierno. Y cuando se les permite la infame estafa de la igualdad de género, exhibiendo las nalgas a los automovilistas siempre molestos... ingenieras de la industria, que sacan más para sobrevivir vendiendo zapatos o chalupas, afores o seguros funerarios; porque el hambre de los hijos que no son ni suyos, les aprieta el buchi cual guillotina. Muchas veces el pedigrí es el más fiel testafarro o de mediocridad al vapor, o de la terrorífica mentira en que se han de convertir sus vidas. Eso es la educación, esos son los modales y las mañas.

A las 9:40 am nos incorporamos un algo fríos y entumidos, un algo azufrados por el *inferno* que hemos visto y contactado sin necesidad de ouija. Nos levantamos hechos unos leviatanes, en una diáspora de perros a nuestros pies, yo el último, con la pregunta en ciernes: ¿Cuánto tendremos de Chalinos? Nuestra vida de parias no dista mucho de la de él. Solo con ligeros y débiles matices que pincelan un cuadro fronterizo entre salud y enfermedad, más nada.

Vamos caminando y los mondados clavan la mirada de malditos en la solidez física de Jesús, que va adelantándose. Recorren de cabo a rabo a Toño infiriendo que somos parte de la romería que ya ha pasado, a pesar de lo tarde que es.

La tosquedad de mi camastro, las cobijas enrolladas, el bule a la cintura, la daga expuesta, les gusta para guerrilla más que para viajes. De cierta manera, al final se flexionan hacia una neutralidad. ¿A qué se atienen en una confrontación cualquiera? A sus pistolas, pues no tienen ni la fuerza ni el argumento ni la experiencia. Son apenas unos lechuguinos que se han convertido en basurilla que lleva el viento de aquí para allá, o pa' donde sople el capricho del jefe.

Saliendito Las Cebollas, al pasar por la guácima de la comilona de antaño, en dos o tres latidos se deja traslucir un rápido aluvión de nostalgia que recorre el corazón de Antoine... recuerda a Victoria, sus composturas y descomposturas desde el todo de su natalicio; la adorable Heidi de los Alpes que tornase en histérico energúmeno de *megalócolis*. El costal de papas cambray, que también en dos o tres latidos, tornase en un estuche de muñequita.

A mí se me precisa una sepia del recuerdo: la compañera del maratón, cruzando la meta; el vestido de gala, la carta, la pulmonía; las direcciones, el cruce de las calles. Sí, todo es un extrañar su endeble huella.

Chuy se ha despotricado hacia delante en la blancura del camino sinuoso hasta perderse de nuestro campo de visión. En un interloquio reflexiono que lo que he venido farfullando como "son consumibles... son consumibles" para persuadirme de que pronto me liberaría del excesivo peso que me aventé, se convirtió en una formula aritmética de *es igual*. Efectivamente devoré las dos tortas con el guacamole, pero ahora se me encaramaron un par de mandarinas de injerto y un melón chino que no se ni de donde salió, pero ahí lo traigo. El peso de las tortas la salsa y el guacamole consumido, es igual al de dos injertos y un melón que ahora cargo. Y ni modo que lo tire... tiraré los serotes.

La lenta elevación del sol irradiante va cobrando los primeros desvaríos y Toño retorna de nuevo a estamparme a la ignota Yeraldien. No sé si eso sea música para mis oídos o el prelude de otra incesante perorata que ya me tiene hasta el gorro, no con mucho desagrado por supuesto.

Mientras Toño no se calla con la misma mula vuelta en el mismo trigo, yo no puedo dejar de pensar en la hija de Chalino, el cariz de su mirada furtiva y la arisca indiferencia todavía me imanta a pesar de los kilómetros recorridos.

Y pensar que nada fue prohibido por el engaño, todo fue fomentado en aras de la canturreada verdad, con una escalofriante simplonería. Ahora ella tiene que elevarse, de las pústulas y escoriaciones, hasta la altura digna de una Madre que pronto abandonará el molde de la femia delicadeza, para convertirse en un continente que profesa la apostasia de la miseria. Con mano firme y argumento vivo pues ni Mujer ni Hombre han nacido para ser tiranizados. Tardía pero esa es la enseñanza y única herencia de don Chalino, su padre.

El envés de las hojas de roble, jaspeadas de un marrón casi traslucido, dejan caer sus pringos como arras en la plenitud de una fresca sombra que se extiende por todos lados, menos por la brecha. Con los hilos de luz y la fuente de humedad oscura, infinita, la guirnalda sambutida en el fondo de los gárrulos peñascos teje sus holanes de una blanca pureza para asomarse a las pupilas zodiacales que osan voltear al profundo abismo de un clamor ignorado; suelta entonces un vapor de primer efluvio y arquea su lis para formar el iris cóncavo de la mirada. Ojala el hijo o la hija del loto duerma su infancia con el rumor de estos robles en mientes y un día se arrulle con la vastedad de la selva en el espíritu salvaje. Caminando entre migrantes desiertos, suba a la atalaya de los

peñones malditos, bañados de cactus bravíos; a las montañas ferruginosas, al Potosí de oro, de cobre y sal, de piedra y coca; para elevarse pisoteando el caprichoso augurio de los filos que le echaron encima como fardo maldito, y decida ser parricida o sepulturero sin que le tiemble su brazo de prócer.

Nos distrae del ensueño y los nobles deseos una especie de elevado mausoleo en el cementerio que está incrustado a medias del bosque. Mi suspiro viaja amortajado hasta reposarse en la oquedad de la losa del sepulcro de granito. Luego de hurgar en el margen de los quicios regresa a mí de nuevo, resurrecto, para musitar quienes son los que ya no están; los que se han ido, y los que son muertos. Arroja luego sobre la alta brecha del Camotlán y sobre la vista baja de Las Guasimas, ya a unos metros.

A la llegada a las Guasimas Jesús es declarado fotógrafo oficial del grupo. Las panorámicas del coliseo y los niños en el huanacaxtle, dándose de mamalochi, le confirmaron la honorable presea.

Le tupimos al empedrado con la suela y pasamos por abajo del hule centenario, al lado de la canchita de hormigón. Hay una trinchita de costales de raspa en la banqueta, bajo el tejado, a la espera de su turno para ser desgranados a mano en una rueda de olotes.

Solo quien ha visto raspase las mazorcas como chillido de peces desatados de su red, puede ver las escamas y los muchos granitos que han brincado desde su hemisferio, hasta el medio de la calle, como si tuvieran vida y voluntad para separarse de la última morada: hechos nixtamal a fuego lento. El nítrico olor a hoja de maíz seca, el tamo blanquico que fácil levita, y los cabellos de mazorca abandonados por doquier, indican una buena cosecha. El héroe de la odisea no se encuentra a la vista; quizás esté descansando por ahí, o armando su arco.

Aunque a mitad del arroyo hay un afluente de abundante agua hemos decidido llenar a *topi* los bules y nos apostamos en el tradicional punto de la higuera.

Ni tardo ni perezoso, un albañil empieza la grito desde los andamios, a plena labor de colado. El tipo, chaparro, panzón, bigotudo y con vocécita comadreja, es nada menos que Lolo Dueñas; saludando muy efusivo a Toño, luego a nosotros.

Se descuelga con una habilidad de orangután por entre tablas, fierros y alambres, y se deja llegar hasta donde estamos. Tras de él viene Beto Machain.

Refieren a Florentino Ríos y los rastrillos con no más de dos horas de diferencia. Su conteo del grupo raya en nueve personas. A mí se me han hecho muchas. Y por eso pienso en la primeriza Chica que Beto Ríos me recomendare como taco de ojo y *leit motiv*. Atrás quedó Yeraldien y la hermosa marsellesa, hija de Chalino; ahora todo es un ardiente y goloso principio de lujuria callada (en mí) por alcanzar a conectar el otro grupo.

De inmediato se hace la platicona, que más bien mitote. Lo primero es que han dejado abandonado a este Lolo toda la semana, y que ayer quedaron de venir por él en la tarde. Luego que no, que ahora a las seis de la mañana, y ya son las 10:30. Se queja cual mariquita poniendo de pretexto los hijos, la familia, que ya son unos verijones hechos y derechos. Y lo último sería que estuviesen ansiosos de verle.

El inagotable cuerno de la abundancia en lo que a chismes se refiere, aventaja a Lolo que, quien sabe cómo se habrá enterado, nos sale con la noticia del Casca dializado; cuentas de gastos, partidas dobles, balance general, estados de ánimos familiares y todo un etcétera pormenorizado. Nosotros para no quedarnos atrás, del santo

grial, le zampamos el Morzolote, con buitres y todo, confirmándolo de plano casi al estilo ecuménico por parte de Antoine. Con esponsorio de réquiem y una larga liturgia de misa.

—*que díosito lo tenga en su santo seno.*

Exclama por último, muy solemnemente, quitándose la gorra y mirando al cielo con ojos entornados, en una especie de ritual heroico.

El carcaje del siempre honorable ayuntamiento llega echando tronidos y chispazos con una pena ajena de un apenas; y a la última explosión del chasis bajo la higuera, se apaga.

—*jora sí, bonita la trajistes... nos vamos a quedar los dos!*

Le grita desde donde estamos, no sin mucho trabajo de arguende.

El muchacho se baja a abrir el cofre y empieza a echar trucos y mañas de mecánica cotidiana.

—*bueno y tienen sed yo creo ¿quieren un refresco?*

Prorrumpe Beto con su ya habitual cortesía.

—*tú tráítelo y no alegues, además ya es hora, ¡que se vea que andamos trabajando con los Machain!*

Acota Lolo pasando buches de saliva a discreción.

En lo que va por el refresco, Antoine se queda platicando con él, que ya se me figura una matraca tosigosa... no se calla ni un instante. Y para ser alegría o gusto, ya se pasó.

Jesús toca la puerta abierta de par en la vecindad de la casa, a espalda nuestra, para pedir agua. Del piso de tierra húmedo, brotan los pasos de una señora digna, lozana, de complexión alimentada por la savia y el aire de los ranchos; accede de inmediato y hasta gustosa.

Mientras la señora llena la sacralidad de las cantimploras hasta el topi, en el centro de la mesa donde el señorío de un botijo de barro trasmite el sudor del agua contenida en la sombra, como si viniera directamente de la vena subterránea, pura, sagrada; yo contemplo el venal jardincito enraizado de yerbabuena y perejiles, de orégano y albahaca, epazote, ruda y estafiate recién regado. Los lirios y azucenas más allá... Son diáfanas almas las que viven bajo la higuera, y la complexión de ella denota que alguna vez, en alguna época ha sido hembra fogosa. El manto señorial y de respeto dedicado al hogar que ahora le cubre, vela los sorbos de la vida más apasionada en el reflejo de su pupila. Mi gratitud es porque beberemos de su mano, la misma que vela y cuida y riega y señala y saluda y hace la comida y acomoda los trastos en una java que le sirve de alacena.

El refresco ya sale sobrando para mí, sin embargo acepto un vaso, por los azucares. Beto insiste en que nos llevemos los litros para el camino pero Jesús, mientras bebe ávidamente su dosis, deniega porque si ahora está fresco, al cabo de unos quince minuticos será ya un caldazo de aquellos que es por demás cargar en balde.

—*ey no sí, con este calorón aquí abajito ya lo van a traer bien caliente. Mejor hay que déjalo aquí.*

Ni tardo ni perezoso el Lolo.

Por fin el prieto zagal que viene a recoger a Lolo prueba encender la camioneta. El balaje de la tartana empieza con una tronata para arrancar... creo que va a ocupar el empuje de unos cuantos caballos de fuerza briosa. Pero a falta de caballos a la mano, pues unos chorizos como los aquí descritos.

A último momento el milagro ocurre, y arranca el motor.

—*ya no la vuelvas a apagar vale porque también te quedas aquí*

Y se incorpora con la misma celeridad-agilidad simiesca y comienza a acarrear las herramientas olvidándose de todo refresco y cortesía y plática y risa.

Nos despedimos mientras él sigue terciándose los tilichis sin distraerse: palas y talaches, marros y pinzas etc.

—*ey, ándenles pues, que les vaya bien.*

Todo el vértigo de las cañadas agrestes y las suaves majadas se dilatan ofreciéndose en esfinteres atmosféricos. Tras de ese velo que seduce y cautiva la mirada, impertérrito, un Tláloc oculto vibra cenital todo tras de ella y su desliz de vellocino... entramos entonces al *cursum perficio* del arroyo, por la estela blanca del camino seco. Tal y como lo recordaba, tal y como a veces lo soñaba, el camino parece guiarnos por sí solo. Otros ya han pasado donde nosotros apenas sembramos la efímera huella... la marca de lo que uno es y hace, la medida con que (nos parece) ensanchamos la senda. Aunque no sea así, por muchos hijos que se dejen, por muchas palabras que se digan, porque a final de cuentas ¿Cómo es el dialogo del hombre con la fatalidad de su sino, sino hacer ofrendas de generaciones enteras cuya rubrica es la mera lucha por la existencia?... te fuiste cuichi, ya ando con las cabras por allá por las piedras filosofales, de donde me despierta el *¡traz!* de la puerta tubular que se cierra en automático por su propio peso.

Luego se mantiene mi vigilia pasando al lado del gigantesco árbol derroído, apolillado, incendiado... resquebrajado, pero que aún mantiene la centuria en el sésamo de su tronco dorsal como eje plúmbeo que arroja un viejo corazón de litio. Es el titánico ahuejote, que nos saluda al vaivén del cálido aire atrapado en su quietud. Principio de delirio.

Toño se nos acalambra, todo el musculo de la pierna se le ha doblado y vuelto un gancho de carnicero, y ahí está terapeándose a garrotazos con lo que se encuentre a mano y metiéndose torniquetes con el paliacate en la corva hasta que vuelve más o menos a su postura. Y eso que se ha preparado para caminar, ahora si no. Los años, los años rinden los viejos. En consecuencia se queda y a mí y a Jesús nos vale madres y lo dejamos atrás como *los rudos*, a risa y risa.

Nah, bueno, es un exceso de narración que falta a la verdad... lo que en realidad hicimos fue esperarlo adelantito viendo cómo se retorció crótalo para recuperarse... no sé qué será más sádico, si la licencia literaria o la realidad de sentarnos a verle echándose de porrazos.

Pero también ni modo que corriéramos a cargarlo... mucho más que los que vivimos la jornada, el lector dispensará el desliz.

O yo abro la brecha del desvarío en el estilo salvaje, rupestre, de chapopote, de Jesús o él me muestra una fotografía de un guarache, guardado por la humedad del bosque durante veinticinco años, prueba de la tragedia que marcaría vidas. Prueba también de la potencia para captar el dibujo, guía principal de la emoción de él-

ellos. Entrambos cuenta la historia y el bosquejo del dibujo melancólico en que trabaja. Ahí estábamos haciéndonos sombrita recargados a un monolito de piedra, esperando al compañero que viene a incorporarse con nosotros, cuando arroyo abajo se escucha claramente la herradura de una remuda golpeando el cascajo del camino.

No era espectro ni alucinación sino un jinete que se detiene a saludarnos.

El iris cerúleo de la mula, atrapado en las crines de la montura, me mira palpitante, entornando su negra pupila que de pronto se vuelve zarca. Queda claro para mí su miedo y su cansancio. Penetro más allá de ellos mientras muerde el freno.

El que lo monta es un viejo empuñando el bridón para detener la bestia inquieta ante los que siente extraños.

—*a Talpa jóvenes.*

Dice.

—*ey pa' llá vamos*

Contesta Jesús mientras yo creo dialogar con el animal.

—*¿y luego porque tan tarde?. Ahí ya rato que pasaron otros. Yo creiba que eran los últimos.*

La mula adivina que mi linaje es de príncipe mongol, de la casa de los hunos. Retrocede patinando la herradura unos pasos.

El viejo le fustiga:

—*¡oh! ¡oh! y ahora que trais cabrona.*

El fuetazo, rompe el silencio hueco que nos ha rodeado. La cabeza, altiva, me propone un tagalo de tirar al vejete pigmeo sobre el zarzal. Sabe que yo le montaría a pelo, sin silla ni frenos, sin corrales ni raciones novedosas para mascar, sin cogollos bastardeados como de fermentido cordero; sabe que ya le hubiera mejor sacrificado antes de padecer el destino de remuda mansa en que vive.

El poder de una bestia atrapada es el colapso, por eso acordé con ella caminar, cada quien en nuestros rumbos, por ahora. Son otros tiempos para andar dando exhibiciones circenses o ungidos misticismos, que son lo mismo.

—*más vale tarde que nunca eda' amigo.*

Habla el aliso de “*Mongo*”, es decir que, acoto uniéndome al dialogo de pasada.

—*ah pos eso sí 'cierto.*

—*lo malo es el calorón. Unas por otras. ¿No habrá algún ojo de agua por aquí a lo cortito?*

—*pos si, aquí abajito como a unos cinco minutos del lado derecho. Nomás que tiene un animal muerto por un lado. El otro está del lado izquierdo, pero ya abajo, en el mero arroyo; como a dos horas de aquí.*

—Pues a ver si le perdemos el asco al ojo con el animal muerto. A ver que gana si la sed o el asco.

—aquí traigo el galón si quieren.

—no no, no se preocupe. Sí traemos agua, nomás queremos ubicar donde más o menos hay. Gracias.  
Joshua.

— ¿ustedes son también de Aguacaclán?

Continúa el viejo bermejo.

—eey

— ¿y cómo cuantos serán?

—unos ochenta, más o menos.

Toño se carga una tronadera de ramas y un ruido de sonaja con eco encerrado.

— ¿todavía vienen más detrás?

—no, es un compañero que viene con nosotros. Somos los últimos.

—pos bueno a ver cómo les va con el calorón. Yo me voy a la sopa.

Dejamos de manera resuelta el asombro del don bermejo para adentrarnos arroyo abajo; siendo observados meticulosamente por el recelo de un correcaminos que se ha cruzado ya varias veces en la vereda. Por fin, dominante con su cresta empenachada, se para en la cúspide de unas rocas, salta pa'tras y pa'lante.

El ave ha sido quizás delatora, porque de pronto las hojas de los arboles empiezan a arrojar graznidos a lo cañón, disparándonos en una emboscada apiaria. Es una parvada de indigas hurracas que flanquean de rama en rama, a un lado y a otro. Y para no quedarse atrás, una perturbada guacamaya hace crucífero fuego de colores al pasar irreverente frente a nosotros, algo así como marcando el territorio. A primera vista parecía el prisma tornasol de un quetzal, pero al escuchar el papaloteo del vuelo, no tuve lugar a dudas de que quetzal no era. Porque antes del águila, el colibrí que es como un camaleón del vuelo, luego el supremo quetzal. Es hasta que se detiene a cubrirse con la elegancia de su manto multicolor, de verdadera alcurnia, cuando doy en qué es. ¿Qué clase de borlote habrá sucedido? ¿Nosotros?

Al pasar por un brazo de regato que se une donde el arroyo comienza a ampliarse; incrustado al lado, está un elevado tronco de ahuejote. Exhibe un rasguño de acero y me detengo, acercándome. Es el camuflaje de una mariposa, con alas de nácar abiertas. Defiende el santuario milenario, las crisálidas, los capullos, todo el tempano que pende del árbol. Sobremanera impresionante. No será la mariposa monarca, pero creo que nada le pide.

El pomar de las habillas, enraizado en las ínsulas, sobre el cuerpo caprichoso de la arena fértil, es como un dorado esplendor que soltara sus sonidos de metal agudo que se clavan en la vista y el oído, como los suvenires detrás de las vitrinas se clavan en la pobreza de los transeúntes ciudadanos. Y yo paseándome edénico con mi cencerro. Poco duraría mi paraíso estival. Sobre un piélagos rocoso, la elevación de Gólgota ofrece el espectáculo de un festín. La corriente del aire se lleva la miasma pestilente, podemos pasar esquivos. Lo que no se lleva es la imagen.

Legiones enteras de gusanos adiposos hierven congestionados en el detritus de una luz azufrada; cual infinitas lenguas, se arrastran aceitadas por las grutas y cavernas palpitando bajo el cuero derretido. Horadan por dentro de los cuernos, hurgan por encima de la encía en la jeta destrozada y molares expuestos a quijada abierta, caen apiñados en témpanos al averno de unos ojos ya vaciados.

Es la carroña de una vaca muerta.

Han pasado ya los zopilotes, cubriendo con la negrura de sus capotes el vientre podrido; han sacado todas las vísceras y reventado los jugos a picotazos. Las anchas costillas han sido nicho de chacales revolcándose dentro de la oquedad de entraña; y al final, de las osífragas hienas, triturando la osamenta entre risas y carcajadas nocturnas.

Aquí quedó la jáquima corrupta, como testigo de una lesa eternidad.

Aquí, el sello del argos de mil ojos azufrados, fluorescentes, con que se acuñan las monedas en el tálamo de la cobardía para subastar barato un precio a la vida. Aquí está el despojo donde nació el linaje soberbio del Buda. El último canto de angustia planea con alas de espíritu un posarse sobre el cadáver... el terror de María Callas invade la bestia vencida.

Salimos de la escena hechos unos lazarillos entre un enjambre de moscardones, verdes y peludos, siguiéndonos con la terquedad en el concho del oído y las fosas nasales. Parecen jotes en la cara extirpados de un solo manotazo. Afortunadamente se quedaron atrapadas en la lluvia de hojas de sauce y los peciolos que tejen una falda verde, como de encaje Hawayano, que al vaivén del viento frotado dice un *aloha ulaulaloa*. Si no me equivoco hemos llegado ya al cielo de las vacas, pues todo es de un verdor y sombra refrescante que superan al olivo.

En esta profundidad de arroyo, en estas sombras y cruzamientos de un lado pa'otro, es donde se nota la ausencia de Vicky... pues nadie ha detectado una sola mata de marihuana. La sicodelia de las luces verdes del cannabis. Metempsicosis de voz ausente. A lo más que podemos aspirar sin ella es a una parda ebriedad, a una crápula estilo Dimecq.

Salimos de las sombras y un viento árido nos ha golpeado para en unos breves instantes ponernos a tono de delirium.

La puerta de acceso a la conciencia no necesariamente es el conocimiento, y es justamente Toño el primero que inquiere como ganzúa sobre la chapa del delirio:

—*Fíjate bien la pregunta que te voy a hacer Fran, ¿Qué serías capaz de hacer por Yeraldien?*

Si, como dice el poeta órfico: “en el significado último de las palabras, el pensamiento es devoción, y la devoción, pensamiento... ¿no es, acaso, también un estudio de la verdad, un arrojarse del alma en lo infinito no encontrado aún?” estaría idolatrando entonces una infanta señora.

¿Quién es, pues, a final de cuentas Yeraldien? O mejor dicho ¿Qué es, si no se pertenece más a si misma?... Un concepto, la respuesta de la esfinge, el enigma develado, la náusea de los mundos.

— *¡Orar!, fíjate bien lo que significa para un declarado ateo semejante respuesta.*

Poco faltó para que Jesús saltara los ojos y se convirtiera en un leguleyo al servicio del notario público Bartolo. Pero le recuerdo que ya trae su carnet de fotógrafo.

Y es que pierde uno la cabeza, el pensamiento se obnubila; luego empieza a hablar con esas diosas nigromantes, incapaces de saber que uno existe... No creo que todo esté lleno de dioses, sería una aberración tan grande... similar a la que padecemos; un insulto a la inteligencia y a la conciencia de estar vivos. ¡Zúmbate esa mística azabache! vamos por el buen camino, y empiezo a gritar delirante:

—*¡¡a esto vine!!... ¡A ponerme como campeón!... ¡"Wo bist du"!!... A saber que el sueño dentro del sueño es el rezo mendil de las almas inocentes.*

El reflujo del aire pasa de tibio a caliente, una resolana costeña, mientras bajamos por el duro pedregal entre otros tantos delirios no registrados del todo: Jiménez y las palomas que vieron llorar las angustias de los caminos; Cabral, Gardel, diez minutos de documental “*el hombre, el final*”:

—*Chapaco loco*

—*¿Loco?*

—*Ya'taba loco.*

Viene entonces a nosotros la levedad de un abrevadero que brota como un espejismo, bajo la intermitencia de unas sombras. En lo que es o no es, Jesús se pertrecha a llenar el ánfora, a continuación Toño. Y yo me les quedo viendo, tallándome los ojos y explorando el derredor. Muy cómodos se sientan a verme; Toño clavándole el diente a una bolsa de cacahuates salados, Jesús acomodándose un paliacate rojo al estilo guerrillero del mono Jojoy, puro Morelos. En la ciudad parecería más bien oriundo de una comunidad de pordioseros a la Jean Valjean.

— *¿y tú no vas a llenar tu bule vale?*

No contesto sino que me inclino sobre la superficie del pequeño raudal. El agua helada va subiendo por la mano, o yo tocando el fondo zarco de las piedras clitoríneas... es el orgasmo de la tierra y me estremezco inevitable. Es la carta del gran jefe Seattle... abierta, leída palabra a palabra, letra a letra aprehendida. Es el

melancólico perfume de la puta de alma pura, vaciado a los pies del gran Maestro. Samaria y el eje cósmico. La flor de Jericó, la pulpa donde gestan todos mis recuerdos macigados'. La obra... manque duela.

En un dos por tres estamos consumiendo la primera —y al parecer última— dosis de suero oral, con sendos y melindres pucheros por parte de Jesús, a pesar del saborizante de naranja que le echaron. Aunque Toño y yo le secundamos a discreción. Termino por convencerme, kilómetros adelante, de que la bebida no está tan pior. (Porque pior es más malo que peor)

Ya cuando de plano agarramos un color camaroniento, acamotado, con la piel de la cara zurcida al sudor moreno y los poros de la piel embebidos; nos parqueamos bajo la pespelaca sombrucha de un árbol de brasil que sobrevive a medio arroyo. Y digo “parqueamos” no en el sentido ingles del parking-estacionamiento, sino en el presente griego de la Parca, la huesuda... la muerte; porque ahí nos tiramos al suelo, vivos pero medio muertos después del predispuesto delirium del rezo a la Yeraldien y la cara vuelta del documental. De inmediato a devorar la comida para convencerme de que el peso que traigo es de puros consumibles.

Al parecer los tres queremos tener una delicia convaleciente post delirium, así que extendimos el convite en un rocoso jonuco hecho de guijarros, mientras Jesús continúa con su ya apostólica misión de fotógrafo, donde por primera vez sale a cámara, no sea que se le valla a escapar el suspiro de la fama. Nos hemos levantado descansados, es cierto, pero todavía atarantados porque seguimos la resolana del arroyo; por poco y nos pasamos rumbo a Camotlán de no ser por mi reacción de desconocimiento y hartazgo del dichoso arroyo que se sigue extendido y ya más para adelante profundizándose.

Cortamos breño y alambrado hasta dar con el camino, trillándolo todo al estilo de un tropel de tejonos enbramados. En lo que cruzamos un portillo improvisado en el alambrado de púas, entre el zarzal, a Antoine se le rasga el ojo wirrarika de la burrita, provocando que el mundo en el que va asentado se quiebre. Ahí quedó el ojo azul, en una horqueta de brasil, como fiel y conspirador testigo de que invadimos propiedades fuera del camino. “Jojoy” se adelanta a la cima de la ladera a tomarnos fotos, luego se queda atrás y repite la operación. Ya me está preocupando tanta méndiga fotografía; así fuera Juan Rulfo el que las tomara... y yo que quiero pasar de incognito.

Me adelanté hasta tomar el camino de terracería en la mesetita, rumbo a la carretera pavimentada. Una garza, imperturbablemente blanca, se sostiene en el lomo de la yegua que pasta con su jaca por un lado, a la vera del camino. Le acicala. El miedo ojizarco en la mirada les hace huir despavoridos al descubrirme; quizás han alcanzado a ver el horror bermejo atreves de mi atención y que atrás está María Callas, atrás Diego Rivera y los calostros de la leche nativa en las cabras, atrás Bu-da y el arcano que nos vincula a todos con el despojo. La garza se remonta al horizonte, pasmosa, como augurando otro capítulo en su vida, desafiando la ruta del sol. El ave sabe que se viene la sed del nido después de los vuelos errantes. La yegua corre a un lado y el crio a otro, pero pronto regresa a la protección de mamá; asomando su cara por debajo de la panza. Avanza el potrillo, curioso, tras de mí; la yegua piafa su mandato salvaje y éste se detiene sacudiendo la piel ansiosa y haciendo intentos de relincho. No habrá hojas de hierba dadas de mano de hombre, no habrá alpiste para ave alguna.

Llegué hasta toparme con unos porquerizos de herradura. Departen el manjar de una chanfaina guisándose en un pequeño cazo. No parecen jornaleros sino más bien ingenieros, unos, ejecutivos, los otros. Bajo una sombrita de guasima, sudando sebosos, esperan su tajo. Seguramente festejan la buena cosecha o analizan el suelo para otra faena. El productor a un lado, como siempre, esperando las migajas de su propio banquete.

Las piñas de los mezcales ya no están, pero tras de ellos, en el desértico erial, se extiende un tapiz de pencas trozadas por la jima, que el sol ha tostado dándoles un rigor de platino. Una de esas en la mano del príncipe náhuatl y la raza olvidada estaría vengada. La penca sería algo así como la mítica escalibur en manos de Arturo.

—“a Talpa”

Profiere uno de ellos con optimismo étlico, irrumpiendo mis sueños justicieros.

—“Ey”

Seco contesto y me retiro hurraño de la escena.

He tomado mucha ventaja a mis compañeros y salgo solo a la carretera. Situación que aprovecho para acomodar mis consumibles sentado en una cuneta de concreto carcomido por el tiempo y por el salitre. Me quedo paisajeando y del otro lado de la carretera aparece un Midas de cuastecomate con frutos sazones; al lado, un torombolo exhibe la pulpa aun verde tras los costillones del fruto; más allá, una especie de yaca silvestre, salvaje, sin cultivo, luce amenazadora, lechosa y venenosa. Más allá todavía, se llega al dominio de las pitalleras bastadas de flores que indican desde ya el buen temporal del año. El coqueteo, el primer rubor de la primavera, es el cáliz carmineo de esa flor acordonada, nacida entre los surcos verticales en los vástagos inocentes.

Regreso a los frutos que aún no maduran, sus solidos troncos parecieran feroces custodios, sobre todo la yaca maldita, de un camino ya sellado. Por encima se extiende la hondura de un bosque seco, cuyo pardo matiz sabe esconder muy bien la abundancia de savia. Ahora le conozco las entrañas.

Me dan alcance los compañeros y prestos nos unimos en un *roter sand* y de nuevo al chacoteo, la trova y el fandango. En otro dos por tres llegamos al basurero donde se columbra Cofradía y el único punto donde hay la ansiada señal por parte de Jesús.

Al amontonamiento de plásticos viejos lo corona el reciente esqueleto negro de pantalla de la era digital; de esas que el gobierno en complicidad de las televisoras andaba promocionando y hasta regalando para recibir la señal analógica, formando colas de viejos lisiados, y hasta de jóvenes quebrados, que fueron entusiasmados a recoger su monitor sin rampas. Aquí la pantalla, sin pudor alguno está donde debe de estar. Si alguna analogía hay es con el retrete porque tiene unos pañales y rollos embarrados al centro. Los vestigios, para las generaciones venideras, no estarán cifrados en jeroglíficos o códigos, arquitecturas o esculturas artesanas. Ni siquiera en pigmentos rústicos o rupestres. No. Allá se descubrirá esta civilización farsante por el plástico. Sus rastros en el tiempo serán de monumentales excreciones, será el monumental excremento de un Pigmalión.

So pena del basurero, levantando la vista, Cofradía está enclavada al margen abrupto la ribera y rodeada por un Serengueti de abundante yesca dorada, espigas y cereales peinados por el viento. Viene serpenteando el río con

su lento caudal y Antoine dice ver unos borregos a la orilla de la Cofradía; yo en realidad no los alcancé a ver, lo que sí distinguí fueron unos cocodrilos que seguramente los iban persiguiendo.

Bajamos y adelanto otra vez. La tarde cayendo, se va escurriendo de lleno en los altos paredones. La contra sombra empieza a levantarse con efectos de socavones en rosa fiuca estampados en las caleras, como bullendo unos pliegues que parecen venirse sobre uno. Les desafío, les llamo sonando mi cencerro. Luz y sonido forjan la incandescente escena de un atardecer que se niega a morir ¿serán así todas las tardes?

Allá detrás, el ascua de un sol rojo y malherido se ha acercado a mamar las montañas, sin dejarse caer aun. Tiene el orgullo de un tigre zaino. Los cerros se van comiendo el limen de las sombras mientras un pecho enhiesto de tonguita libre se yergue sobre ramas y vainas, cogollos y bayas escondidas. Su llameante pecho que ninguna calma tiene, huye pronto de los espolones y el chillido que circunda llamándole por su nombre de presa rebelde.

En una sucesión de saetas —quien los viera— padre e hijo me dan alcance y rebase directos al río; de manera que yo soy, por el momento, el último mohicano. Tomo mi papel y bajo sin prisas, con toda calma, y para cuando llego a la orilla el uno está terminando de hundirle las muelas a la bolsa de los cacahuates y el otro o está buscando el pasadero con el GPS o sigue tomando video-fotografías. Era, sí, el gesto de aguardar por el compañero.

Ellos se lanzan por delante. Y yo, a quien corresponda, lanzo el pasaporte para cruzar al estilo Cayo Julio Cesar en el Rubicón, con la suerte echada por delante sobre otro territorio. *Roma Victor. Latinum est.* Aunque en realidad seamos unos gladiadores de circo. Parias modernos.

El río es portador de un céfiro propio, náutico. La arena blancuzca con ese indescriptible olor a nébula de humedad fluida, casi similar a una esencia marina, pronto cautiva el cansancio agolpado de la jornada para diseminarlo en sus amplios remansos.

Luego de cruzar por los troncones de sauce que los lugareños tienden en atención hospitalaria a quienes vienen, bordeamos por pequeños diques donde se atrapa el cardumen del cauque. Las llamadas chacas. No hay ninguno, aunque las redes, tejidas en cáñamo azul, están tendidas.

Esperaba que aparecieran las ninfas, los faunos, los duendes... un güagüis de mayates al estilo ricky ricky, con todo y mordidita; o ya de menos el *reality* de un bastardeado Moisés pa' lavar las milenarias culpas sionistas. En su cambio, al fondo del camino, antes de subir el empedrado de las primeras casas; un par de niños pubertos, uno flacucho y el otro gordito, se bañan tirándose a la parte más profunda del río, desde un paredón de tierra lama.

El chiquillo flaco adelanta en rapidez y gracia a la hora de subir de nuevo y arrojarse en una suerte de clavado, lo que sea de cada quien, bien hecho. Pero el gordito jabugón se ve que disfruta más el romper la delicada membrana del agua superficial con unos buenos zambombazos, para que luego la corriente lo lleve con suavidad hacia arriba, sosteniendo su cuerpo timbón, sin miramientos ni predilecciones, justo como si fuera el manto apacible de una madre fluvial... ¡o que se yo! Quizás ya ande de maniaquillo en su infancia clandestina

y yo endilgándole los sentidos paternos. Pero de que lo disfruta, lo disfruta; y además trae un pitorete de buzo para que no se ahogue el nene allá en las profundidades. Sin embargo es más probable que el otro lo ahogue en la subida.

Verdaderamente efusivo, el gordito mofletado me atrapó en una plática de pasadita. Tanto, que sentí el impulso de soltar la mochila y arrojarme junto con ellos. Pero ya sabemos que resultaría letal hasta la neumonía un baño de esos; y si de por sí ya vengo casi acalambrado.

Accedimos al rancho por la parte de atrás, evitando los autógrafos y las entrevistas a mansalva de la farándula y los paparazzi, hasta llegar a la higuera para vislumbrar la terraza donde pudiéramos pernoctar. Ahí soltamos el peso absoluto de las mochilas y dejamos sentir el cansancio; la febrícula, las ampollas y rozaduras entre otros etcéteras.

Los joviales hermanos Corioto, de quince años aproximadamente, practican la lúdica gimnasia de tronar pistaches con los codos, apoyándose en la jardinera que trató de contener las raíces de la higuera. Ni a cual ir, ambos se esmeran lo suficiente como para que su ser sea gay, a espaldas de sus puritanos padres que están en frente bajando y subiendo el triquitero en las redilas, esperando que les llamen a misa.

Supimos que la casa molacha por fuera, era en realidad un aposento de vírgenes princesas por el mamasital que de pronto se metía rápidamente, acompañadas de un eunuco que nos hizo cordiales invitaciones a pasar a sus interiores... como si nosotros también estuviéramos capados. La invitación duró solo lo que dura la cortesía, un instante. Luego se colocó en la puerta sin dejar entrar a nadie. No pude evitar pararme para oler el perfume de las doncellas, y verlas como danzaban descalzas, recién bañadas entre el jajaja y jijiji de las tibias alcobas.

Negociamos (aburguesados puede, pero no Coriotos, eso cabe aclararlo bien a nuestros *fanseses*) a quién le tocaban los pistaches y a quién los cacahuates, entre Jesús y yo; mientras Toño iba por un elote al fondo de la troje donde ardía, humeando, un cazo tiznado. Yo ya había tomado la decisión de ir ha por una caguamita pa' relajar el cuerpo sacro que me trajo hasta aquí.

Solo para inflamar el gusto de mi espíritu acudí a las mismas callejuelas donde antaño me perdiera, y topé a un Guti que se discute en la venta de *cahuates* con una bolsa de cinco kilos todavía llena. Lo había visto ya en Ahuacatlán pero sin saber que era oriundo de esta tierra.

Sigo extraviándome a propósito entre adobes y empedrados y teja y uno que otro techo de bóveda hasta llegar al panteón; luego doy atrás, como virando, tratando de ubicar la necrópolis infantil... aprovechando que no soy del todo extraño sino uno de los peregrinos. Camino y camino con alógena venia de miradas puestas sobre la ventana o recargadas por detrás de la puerta, en los sillones, rumbo del levante hasta llegar a la última casa donde una viejita de clara mantellina riega el nutrido jardín afuera de su casa.

Cubeta en mano, vacía despacio el agua al tallo de las plantas.

Son flores delicadas: alcanzo a distinguir belenes y lirios, nardos y jazmines, y como no, también los tulipanes de la Victoria, que son los alcatraces echando ya el capullo.

Poco a poco la atmósfera me fue envolviendo hasta hacerme guardar un silencio reverencial. Hay más... los pámpanos con tiernas y carnosas drupas se escurren por la verja y la familiaridad de un olor ha estallado

empezando a cundirse por doquier, es el huele de noche, aunque sin embargo el aroma del corpus señorea todavía dando la bienvenida.

—*“qué se le ofreche joven”*

Dice la mística viejita sin dejar de hacer su actividad ni voltear a verme.

—*“busco el panteón donde entierran a los niños, pero creo que ya me perdí”*

Asesto buscándole el perfil y la mirada.

—*“aquí no hay de esos, el único está en la entrada”*

Ignorando mi presencia y contestando mientras rocía a regadera, levanta la mano señalando la calle de donde venía.

—*“gracias”*

—*“no tienes por qué dirlas”*

“Vieja cabrona, encima me tutea con la cábula como de un oráculo”

Aunque esto ya es pensado, no dicho.

Luego de despedirme con la cortés gratitud ignorada por parte de la ruca, hube avanzado unos metros y empezó a cantar melodías que jamás había escuchado. Torné la mirada a donde aquella y se estaba dirigiendo a las flores; acariciándoles su anatomía, atomizando las corolas, los capullos y los botones. Prestando atención al canto, no solo es el aroma del huele de noche el que ha reventado en este crepúsculo, hay otros que son de una fragancia intransferible.

Por fin doy con el expendio de cerveza, que en realidad es un domicilio. La entrada de la casa la han convertido en franco congal de juegos y apuestas un elenco de viejas carontoñas, muy orondas todas ellas, sin moverse un ápice. Desde afuera hago mi pedido a la forzada anfitriona. Con estas visitas la casa de la cerveza parece más bien un lupanar estilo *Guernica*.

En realidad ese fue el precio de mi caguama... soportar los sátiros ojos de serpientes manfibias. Las bocas torcidas, con nariz respingada y los ojos en otro lado. Pero ya retirado, al primer trago, todo ha valido la pena.

Regreso a donde los compañeros para tomar la decisión de donde quedarnos a dormir. Es unánime, de nuevo en la terracita de enfrente que está desocupada y sola. Hecho esto y esperando la noche sigo navegando en la estancia. ¿A dónde ir?

Primero a ver la borregada sin pastor, berreando en distintos tonos por mi salchicha. Aclaro que preparé una botanita para disfrute del camino al río, que es a donde voy.

El pájaro muertero descuelga su canto desde quien sabe que tétrica hondura y lejanía de sauces llorones hilvanando un chal ya nocturno entre ellos.

Voy allende el bosquecillo de sauces y palmeras, ante el rojo atardecer que va cayendo en matices lilas. Allí... aay ese azul que arrebola un umbral purpurino... esa luz continental, sin viso alguno de nubes que se embebe en la órbita del horizonte; en el crepúsculo que es esférico, austral. La náutica fragancia boga por la atmósfera baja, en la arena como de playa, en la humedad que a todo está impregnada para destapar la respiración... ¡salud y dicha!, ¡cuántos millonarios quisieran vivir mi vida! Al lado de esto, es cierto, su pompa me parece ridícula. Soy un apóstol en común de los poetas... un profeta clarividente de otras tierras, Utopía, sin poder evitar el vértigo. “ya avanzareis a mi lado cuando llegue la hora”.

El infinito croar de los sapos, y las ranas encalladas en la lama, ha sucedido al canto y la algaraza de las aves; se extiende como un velo de landa rasante sobre el vallado, cubriéndolo todo. Los grillos son ahora señores del territorio. Tímida la cigarra, arrulla una naciente noche y mece las fragancias de violeta... es un sonido transportador y me acerco al caudal otra vez, reverenciando la gratitud de estar vivo.

Quise arrebatar, del murmullo abombado, un puñado de agua; apretarla, anudarla a mi cuerpo como un lazo nupcial, pero solo las metí en una ablución de armonía hasta enjuagar la frente y el rostro.

*“Dos besos llevo en el alma, llorona  
que no se apartan de mi  
el último de mi madre, aay llorona  
y el primero que te di”*

Sobre los murmullos gitanos que zarpan del arrecife, está sentada una mujer; ni vieja ni joven, someramente bella y naguala, entregada sobre mí a una contemplación... y me encuadra con la pantomima de sus manos, como en una escena. Me ha visto, y yo a ella. No sé si será la Lila que me pide camine despacito como el jaguar, no sé si será la hija de Martin Escorsece o de plano la conjurada Llorona que me tapa con su rebozo por este calosfrío. Pero son dos mundos al encuentro. Y nada nos decimos con palabras.

De regreso al lupanar, la caterva de Guernica se ha transformado ya en un Damasco ñiquiñaque, en un imperio donde el atascado ritmo de las mamonconas echadas no deja pasar a devolver el casco y surtirme de otro para mantener bien llena la vejiga. Nada de eso, sino que una cabeza de ellas, estilo Godzila, intenta un dialogo monstruoso al que contesto con un cierto margen viscoso mientras surten la otra dosis pa’ retirarme a dormir a gusto.

Surtido de nuevo, me atrae inevitable el zumbido bullicioso de la cancha donde está toda la parcanta tirada. La acústica del techo en lámina atrapa el sonido inevitablemente, y me uno al enjambre como uno más de tales moscardones.

Es un tianguis que se extiende más allá de esta esfera, con unos bombachos moldes muy suaves levantados en algunas tiendas de acampar, donde en la intimidad de su interior se juega a las cartas, discutiéndose el signo de tahúres sin la flor imperial que está pa’ la suerte pela’a.

Otros yacen derretidos en colchonetas, guisados a la intemperie con el reguerete de chanclas, pantuflas, sandalias, y los conocidos zapatos del camino, distinguidos por el polvo blanco de la travesía apelmazado en los costados de la suela, culimpinados como diciendo entre si, “ya no, ya no”. Otros más festivos albureándose; otros recordando todavía las peripecias de la jornada y previendo las siguientes, justo donde en frente se

sambute un cuerpo ya cansado en una gualda pijama de canaria. Todos con el olorcito a alcanforina de las pomadas y ungüentos; y también el tufito a patrulla de cuico a discreción, como de que no.

Allá un sahumero prende sus brasas coloradas, echando un aliento de humo de copal o de laurel. Más allá, la olla de la canela hirviendo, y acullá el infaltable y estrafalario Tacursio, itinerante, merodeando, ofreciéndose, botella de aceite en mano y toalla al hombro, como masajista, en especial de pantorrillas y chamorros de mujeres.

Dejo un saludo de pasadita al camarada Krostowskov, que sorprendentemente este año viene con el grupo de los rastrillos.

El poeta, ya estelar en sus adentros, se pasea por la muchedumbre recordando la vacua cabeza de Roberspierre y de Medusa.

Una vez bajo el privilegio del tejado esta noche, yo también a consentir mis pies. Destapo las pomadas y la vela de cebo para frotarme una fuerza de aliento pa' seguir mañana... un mañana que es al rato. Para terminar el masaje camino con las sandalias entre las piedras a devolver el envase. El domicilio ya parece por fin un hogar donde se está sirviendo el plato de frijoles caldudos y un hervido samovar con té de limón que hará la vez de leche.

Plácidamente he dormido no sé cuánto hasta que una suerte de tantárrea me hizo despertar para orinar consecutivamente, más o menos a la media noche.

Todos duermen cobijados bajo el sereno nocturno con un silencio, sí, impresionante.

Domina sobre la higuera oscura el plumaje grisáceo de un tecolote majestuoso. Todo le ha cedido una pinta poderosa, imperial. Acurruca el misterio reverente que vuela su canto ulular, quieto sobre la nata de los árboles; y en sus ojos que saben contener el discolo del universo.

Observado todavía por el enigmático réquiem del animal, me retiro callejón adentro hasta que todo desaparece en una fresca nadedad de insomnio.

Doy por asomarme en la última esquina de adobe sobre el alabrado de púas.

Al fondo, un rustico pebetero con hachones de leña encima alumbra la margen del río bajo el bosquecillo. Y una pálida blancura rutila en dos rostros la profundidad del intríngulis nocturno... el romance de las brasas atizadas, ingravidas, levitando cenitales como las estrellas, murmuran todavía el rumor de los caudales mientras una brocheta de cauques, rendidos a tenazas colgadas, se cuece lentamente sobre las tiernas lenguas del fuego, algunas verduras ensartadas tras de otras, se mantienen al margen de un vapor que va fundiendo lentamente la panela; jarros y la negrura de un pontoso vino tinto derramándose por un lado. Los cocuyos que tornasolan el ambiente. Él, fistol, que se acerca a ella... ella, amasia, que atiza los fuegos entre risas y sonrisas discretas, cobijadas lejos de la senda.

Los distingo, pero no hago de la distinción un mítico asombro pazguato. Son ellos. Y desde ellos un nosotros. No hace falta ver para saber que sobre la blusa escotada de la amasia se insinúan las lúnulas de unos pechos tersos y melinos, dispuestos a escanciarse en una ingravida ebriedad, reposando su oculta lividez sobre el cuenco de la mano abierta.

La melodía se escucha en cada satín de cairel entrelazado a sus dedos apuñados mientras le devuelve un secreto a voz de soprano al oído. Cantan un baile de desnudez. La indómita fuente del placer que no riñe con la razón. *No hables si lo que vas a decir no es más bello que el silencio*; versa el ancestral proverbio árabe. Él le hace *la menchi*, tomándola por el mentón, para empezar a mitigar el margen de la sed en la línea de sus pieles.

Han empezado a hablar lo más bello del silencio: la respiración, el resuello, el jadeo, los aromas; la sílaba que brota de los pliegues y las comisuras, el cerrado beso y el mordisco despegado del cuello dúctil que levanta la arista blanca de los dientes, cómplice del bocado que termina devorando ansiedades.

El fuego lento del erizo noble mordiéndose las carnes, y la codicia del almíbar derramado, ha abierto el capullo que hierve y destila la linfa rutilante.

El dardo del Eros, el cuello del pez, queda aprisionado a su sacro. El trepidante aliento de los cuerpos ya no puede alcanzar ninguna palabra, ningún significado en la voz. Las bocas, los labios, las lenguas, danzan sobre mordiscos y altos falsetes de gemido.

Son Poesía. Nada envidian a los astros diurnos ni nocturnos, a las constelaciones y corrientes; nada necesitan, ni siquiera un sí mismo. Nada son y sin embargo están aquí, amándose con la última prórroga del tiempo y con el primer atisbo de una libertad ya olvidada.

Hasta el lecho del río ha contenido el murmullo de su afluente respiración en un silencio ante la lumbre que arde quemando las mariposas. Ellos ruedan en la yacija de la hojarasca y de nadir, por donde ninguna luna de licantros entraría clara a sonrosarse, testereada por el rojo incandescente de los novios, revolviendo en sus entrañas al conejo de matices coralinos.

La mujer, libre, ama. No caben los juramentos. Ya no estará más sola, con ningún espíritu; ya no será la loca del muelle de San Blas.

Ningún *peccata nostra*; ningún más *mea culpa*... el hijo viene, el hijo está. Ahora el Saturno punitivo se congestiona con el escollo de una grieta luminosa, arrepentido por un instante. El Sauron teme el devenir de las generaciones. Ella lo tiene todo... ha ascendido hasta soltar el alma de Júpiter y Orión. Los Vedas, el Popol, el Tao, la Tora, Aquiles, todo le viene guango. Es un instante, pero es un instante cierto porque se dan cuenta de su obsidiana eternidad.

Más allá del romance de zapa, escarban el ducto de la noche que los lleva veinte mil leguas sobre el vaivén de las olas. Repetimos: no estará, nunca jamás, sola con ningún espíritu... ella es... amante, señora, Mujer, compañera. No será más la loca de San Blas. Porque ha unido el atlántico con el pacífico, Cabo de Hornos y la muerte del marinero. Terminó el naufragio, el desértico glaciar, en el vaivén de un mimbre de estelas y estampidas de olas que llegan hasta el puerto donde nació.

El *"tagelieder"* está hecho; las bailarinas se hacen sonar los panderos a la cadera, rompen las palabras sobre el velo. Cenicienta coloca los cuernos del propio dios, y una bofetada con la misma zapatilla. Los templos ya se han derrumbado. Ha sido sembrada la alborada de este día para cuando terminen las sombras. La noche suelta sus pliegues, pulsos disueltos sobre las bocas que son de un absoluto beso ya enternecido.

Adosado, a punto de plantarle con el aliento un arrumaco al muro de adobe donde estoy, una y dos patas se abren, luego cuatro y seis y más, peludas; es una gigantesca tarántula del tamaño de la mano la que ha brotado por las juntas de los bloques.

— *¡Chingue a su madre!... ¡qué!, ¡que carajos!*

Se escapa nítida por el callejón mi única voz y retrocedo más rápido que pronto, todavía con la bragueta abierta y el chorro de miados entre cortado y no.

El animal desciende hasta encontrar el pajonal, mientras yo me retiro escueto.

De regreso por mis propios pasos, me abstraer el firmamento con su luna de ágata, y penetro en una idolatría de lenguaje que se vuelve dialecto de nardo; donde ella —sin saber todavía quién es y donde está— me arrebató el *inpeace*, el *requiescat*, la puerta del imperio onírico derribada. Y he aquí al sultán del Sahara al desnudo, con los mortíferos esclavos liberados; y he aquí al guajiro bajo su techo de jacal, con toda su familia ancestral.

Sería por la tarántula o por el lodo del adobe, que al final de la jornada, bajo el ático, yo me acurruco con una tristeza, mustia emisaria de los vacíos y las angustias, al saberle que nunca ha estado conmigo. ¿Será mi amor creado para una magna oscuridad de terciopelo?

Escribí por último el incognito nombre de ella acompañado de la pregunta ¿Dónde estás mi geraldine? Dejándome ir sobre esta bitácora que puse a mi costado para poder dormir. Mi cuerpo cansado, mi alma colada por un tamiz de filamentos, me hicieron recordar las audaces palabras del colega Vicente Romano, el andaluz: “hay cosas que no deberíamos ver sin aceptar recibir, a cambio, algún castigo”... y es muy cierto. Qué difícil es cobijarse con ajenas flamas.